

SEÑORA SMITH.- Espero que habrá pasado una tarde muy agradable. Que habrá ido al cine con un hombre y que habrán bebido aguardiente y leche.

SEÑOR SMITH.- ¡Y el periódico!

MARY.- Los señores, Martin, sus invitados, están en la puerta. Me esperaban. No osaban entrar solos. Venían a cenar con ustedes ésta noche.

SEÑORA SMITH.- ¡Ah! sí, les aguardábamos. Y teníamos hambre. Como no llegaban ya íbamos a cenar sin ellos. No hemos comido nada en todo el día. Usted no debió haber nos dejado solos.

MARY.- Fue usted quien me autorizó para que saliese.

SEÑORA SMITH.- ¡No lo hice adrede!

MARY.- *(Grandes carcajadas. Después llora. Luego sonríe.)*
Me he comprado un orinal.

SEÑOR SMITH.- Querida Mary, ¿quiere abrir la puerta y que pasen los señores Martin? Por favor. Nosotros vamos a cambiarnos de ropa.

*Los señores SMITH salen por la derecha.
MARY abra la puerta de la izquierda, por donde entran los señores MARTIN.*

MARY.- *(Dirigiéndose a ellos.)* ¿Por qué han venido tan tarde? Son ustedes poco corteses. Hay que llegar puntualmente. ¿Comprenden? No obstante, siéntense y esperen. *(Hace mutis.)*

Los señores MARTIN se sientan, uno enfrente del otro. No se hablan, solamente se sonríen con timidez.

El diálogo que sigue debe ser dicho en voz baja, monótona, un poco cantando y sin matizar.

SEÑOR MARTIN.- Perdón, señora, pero me parece, si no me equivoco, que ya la he visto en alguna parte.

SEÑORA MARTIN.- A mi también, señor, me parece que hemos coincidido en algún lugar.

SEÑOR MARTIN.- Señora, por casualidad, ¿no habrá sido en Manchester?

SEÑORA MARTIN.- Es muy posible. Yo soy natural de Manchester. Más no me acuerdo muy bien, y no podría decirle si le ví o no allí.

SEÑOR MARTIN.- ¡Dios mío, qué curioso! Señora: también yo soy de Manchester.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso!

SEÑOR MARTIN.- ¡Es curioso! Solamente que yo, señora, he salido de Manchester hace aproximadamente cinco semanas.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso! ¡Qué rara coincidencia! Pues yo, señor, también hace aproximadamente cinco semanas que salí de Manchester.

SEÑOR MARTIN.- Señora: yo tomé el tren media hora después de las ocho de la mañana, el que llega a Londres un cuarto de hora antes de las cinco de la tarde.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso! ¡Qué rara coincidencia! También yo, señor, tomé ese tren.

SEÑOR MARTIN.- ¡Dios mío, qué curioso! Tal vez, señora, la he visto en el tren.

SEÑORA MARTIN.- Es muy posible, no está descartado... Puede ser... Y, después de todo, ¿por qué no? Mas yo, señor

no recuerdo nada.

SEÑOR MARTIN.- Señora: yo viajaba en un vagón de segunda clase. No hay segunda clase en Inglaterra, mas, a pesar de eso, yo viajaba en segunda.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso! ¡Qué rara coincidencia! También yo viajaba en segunda clase, mi querido señor.

SEÑOR MARTIN.- ¡Es curioso! Quizá, mi querida señora, nos hayamos encontrado en ese vagón de segunda clase.

SEÑORA MARTIN.- Es muy posible y no está descartado... Pero no me acuerdo muy bien, mi querido señor.

SEÑOR MARTIN.- Mi asiento, señora, estaba en el vagón número ocho, compartimiento sexto.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso! Mi asiento, querido señor, también estaba en el vagón número ocho, compartimiento sexto.

SEÑOR MARTIN.- ¡Es curioso! ¡Qué rara coincidencia! Tal vez, mi querida señora, nos hayamos encontrado en el compartimiento sexto.

SEÑORA MARTIN.- Es muy posible. Pero yo, mi querido señor, no me acuerdo.

SEÑOR MARTIN.- A decir verdad, mi querida señora, tampoco yo me acuerdo, más tal vez, fue allí donde nos hayamos visto. Y pensándolo bien, el hecho me parece posible.

SEÑORA MARTIN.- ¡Oh! Seguramente, señor, seguramente.

SEÑOR MARTIN.- ¡Es curioso! Yo, mi querida señora, tenía el asiento número tres, cerca de la ventanilla.

SEÑORA MARTIN.- ¡Oh, Dios mío! ¡Qué curioso y qué raro! Yo, querido señor, tenía el asiento número seis, cerca de la ventanilla, enfrente de usted.

SEÑOR MARTIN.- ¡Oh, Dios mío! ¡Qué coincidencia tan curiosa! Nosotros estábamos el uno frente al otro, querida señora. Tal vez fue allí donde nos hayamos visto.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso! Es muy posible, señor; pero yo no me acuerdo.

SEÑOR MARTIN.- A decir verdad, mi querida señora, tampoco yo lo recuerdo. Sin embargo, tal vez nos hayamos visto en esa ocasión.

SEÑORA MARTIN.- Es posible, más no estoy completamente segura, señor.

SEÑOR MARTIN.- ¿No fue usted, querida señora, la dama que me rogó que colocara su maleta en la rejilla, que después me dio las gracias y me permitió que fumase?

SEÑORA MARTIN.- Sí. Seguramente fui yo. ¡Qué curioso y qué coincidencia!

SEÑOR MARTIN.- ¡Es curioso! ¡Qué rara coincidencia! Pues bien, señora, tal vez fue en ese momento cuando nos conocimos.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso y qué coincidencia! Es muy posible, mi querido, señor. Sin embargo, no creo recordarlo.

SEÑOR MARTIN.- Yo tampoco, señora. *(Un breve silencio. El reloj da las dos y media.)* Desde que llegué a Londres, mi querida señora, vivo en la calle de Bromfield.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso y qué raro! También yo, querido señor, desde mi llegada a Londres vivo en la calle de Bromfield.

SEÑOR MARTIN.- ¡Es curioso! Entonces, querida señora, tal vez nos hayamos encontrado en la calle de Bromfield.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso! Es muy posible, querido señor,

pero yo no me acuerdo.

SEÑOR MARTIN.- Yo vivo en el número diez y nueve, querida señora.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso! También yo, querido señor, vivo en el número diez y nueve.

SEÑOR MARTIN.- ¡Ah!, entonces..., entonces..., entonces..., nosotros, querida señora, tal vez, nos hayamos visto en esa casa.

SEÑORA MARTIN.- Es muy posible, pero yo, querido señor, no me acuerdo.

SEÑOR MARTIN.- Querida señora: mi departamento está en el quinto piso. Es el número ocho.

SEÑORA MARTIN.- ¡Dios mío, qué curioso! ¡Qué rara coincidencia! También yo, querido señor, vivo en el quinto piso, en el número ocho.

SEÑOR MARTIN.- *(Pensativo.)* ¡Es curioso! ¡Qué rara coincidencia! En mi alcoba hay una cama. La cama está cubierta con un edredón color verde. Esta alcoba, querida señora, con la cama y el edredón, se encuentra al fondo del pasillo, entre el water y la biblioteca.

SEÑORA MARTIN.- ¡Dios mío, qué coincidencia. En mi alcoba, querido señor, también hay una cama con un edredón verde, y se encuentra al final del pasillo, entre el water y la biblioteca.

SEÑOR MARTIN.- ¡Qué raro, curioso y extraño! Entonces, señora, nosotros vivimos en el mismo departamento y dormimos en la misma cama. Allí es donde tal vez nos hemos encontrado.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso y qué coincidencia! Es muy posible que allí nos hayamos encontrado, y acaso puede haber sido anoche. Pero yo, querido señor, no me acuerdo.

SEÑOR MARTIN.- Yo, mi querida señora, tengo una hijita que vive conmigo. Tiene dos años. Es rubia. Tiene un ojo blanco y otro rojo. Es muy bonita. Se llama Alice.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué rara coincidencia! También yo, mi querido señor, tengo una hija pequeña. Tiene dos años. Un ojo blanco y otro rojo. Es muy bonita y también se llama Alice.

SEÑOR MARTIN.- *(Con la misma voz, baja y monótona.)* ¡Es curioso! ¡Qué rara coincidencia! Querida señora: tal vez es la misma.

SEÑORA MARTIN.- ¡Qué curioso! Es muy posible, querido señor.

Silencio prolongado. El reloj da veintinueve campanadas.

SEÑOR MARTIN.- *(Después de reflexionar largamente, se levanta, y, sin prisa, se dirige hacia la SEÑORA MARTIN, la cual, sorprendida por el gesto y ademanes solemnes de su marido, también se levanta muy despacio. El tiene la misma voz, rara, monótona y ligeramente cantarina.)* Entonces, querida señora, creo que no hay duda. Nosotros ya nos hemos visto... y usted es mi esposa... ¡Elizabeth, te vuelvo a encontrar!

SEÑORA MARTIN.- *(Se acerca lentamente al SEÑOR MARTIN. Ambos se besan sin expresión. La campanada del reloj tiene que ser tan fuerte que haga sobresaltar a los expectadores. Ellos dos no oyen nada.)* Donald, ¡eres tú, darling!

Se sientan en el mismo sillón. Se abrazan y se quedan dormidos. El reloj da varias campanadas.

Entra MARY. Anda de puntillas.
Se pone un dedo en los labios para pedir
silencio.

MARY.- (Dirigiéndose al público.) Elizabeth y Donald son ahora demasiado felices para que puedan oírme. Voy a revelar un secreto: Elizabeth no es Elizabeth y Donald no es Donald. He aquí la prueba: la niña de que habla Donald no es hija de Elizabeth. No es la misma niña. La hijita de Donald tiene un ojo blanco y otro rojo, igual que la de Elizabeth. Pero mientras que la hija de Donald tiene el ojo blanco a la derecha y el rojo a la izquierda, la de Elizabeth tiene el ojo rojo a la derecha y el blanco a la izquierda. Por lo tanto, todo el sistema de razonamiento de Donald se viene abajo al chocar con este último obstáculo, que aniquila toda su teoría. Donald y Elizabeth, a pesar de las coincidencias extraordinarias que parecen pruebas tan definitivas, al no ser los padres de la misma niña, no son Donald y Elizabeth. El se figura que es Donald y ella se cree que es Elizabeth. El cree que ella es Elizabeth, y ella se figura que él es Donald. Pues bien, se equivocan amargamente. Más, ¿quién es el verdadero Donald? ¿Quién la verdadera Elizabeth? Por consiguiente, ¿quién tiene interés en prolongar esta confusión? Yo no sé nada. No tratemos de saberlo. Dejemos las cosas como están. (Da algunos pasos hacia la puerta. Se detiene. Dirigiéndose al público.) Mi verdadero nombre es Sherlock Holmes. (Hace mutis.)

El reloj suena sin interrupción. Después de algunos instantes, los señores MARTIN se separan y vuelven a los lugares que ocuparon al principio de la escena.

SEÑOR MARTIN.- Olvidemos todo lo que ha pasado entre noso-

tros, y ahora que nos hemos vuelto a encontrar procuremos no perdernos de nuevo y vivamos como antes.

SEÑORA MARTIN.- Sí, darling.

Los señores SMITH entran por la derecha. No se han cambiado de ropa.

SEÑORA SMITH.- Buenas noches, queridos amigos. Excúsenos por haberles hecho esperar tanto tiempo. Mas creímos que debíamos rendirles los honores que ustedes se merecen. Y desde que supimos que deseaban proporcionarnos el placer de venir a nuestra casa. Sin anunciar su visita, nos hemos apresurado a ponernos nuestros trajes de gala.

SEÑOR SMITH.- (Furioso.) No hemos comido nada en todo el día. Hace cuatro horas que los estamos esperando. ¿Por qué se han retrasado?

Los señores SMITH se sientan enfrente de sus visitantes.

La campana del reloj subraya las réplicas con más o menos fuerza según el caso.

Los señores MARTIN, sobre todo ella, tienen una actitud embarazosa y tímida. Por este motivo la conversación se desarrolla difícilmente, y las palabras, al principio, se pronuncian con esfuerzo. Silencio prolongado, molesto. Después otros silencios y monosílabos de todos los presentes.

SEÑOR SMITH.- Hum. (Silencio.)

SEÑORA SMITH.- Hum, hum (Silencio.)

SEÑORA MARTIN.- Hum, hum, hum. (Silencio.)

SEÑOR MARTIN.- Hum, hum, hum, hum. (Silencio.)

SEÑORA MARTIN.- ¡Oh!, decididamente. (Silencio.)

SEÑOR MARTIN.- Estamos muy resfriados. (Silencio.)

SEÑOR SMITH.- Sin embargo no hace frío. (Silencio.)

SEÑORA SMITH.- No hay corrientes de aire. (Silencio.)

SEÑOR MARTIN.- ¡Oh!, afortunadamente. (Silencio.)

SEÑORA SMITH.- ¡Ah! Ah, ay, ay. (Silencio.)

SEÑOR MARTIN.- ¿Está usted disgustado? (Silencio.)

SEÑORA SMITH.- No, se aburre. (Silencio.)

SEÑORA MARTIN.- ¡Oh, señor! a su edad, no debería. (Silencio.)

SEÑOR SMITH.- El corazón no tiene edad. (Silencio.)

SEÑOR MARTIN.- Es cierto. (Silencio.)

SEÑORA SMITH.- Eso dicen. (Silencio.)

SEÑORA MARTIN.- También se dice lo contrario. (Silencio.)

SEÑOR SMITH.- La verdad está entre las dos opiniones.
(Silencio.)

SEÑOR MARTIN.- Exacto. (Silencio.)

SEÑORA SMITH.- (Dirigiéndose a los señores MARTIN.) Ustedes
que han viajado tanto deberían tener cosas interesantes

que contarnos.

SEÑOR MARTIN.- (A su mujer.) Di, querida, ¿qué has visto hoy?

SEÑORA MARTIN.- No merece la pena, no me creerían.

SEÑOR SMITH.- Nosotros no vamos a poner en duda sus palabras.

SEÑORA SMITH.- Sólo el pensarlo nos ofende.

SEÑOR MARTIN.- (A su mujer.) Les ofenderías, querida, si lo piensas.

SEÑORA MARTIN.- (Graciosa.) Pues bien, hoy he presenciado una cosa extraordinaria. Algo increíble.

SEÑOR MARTIN.- Dilo pronto, querida.

SEÑOR SMITH.- Nos vamos a divertir.

SEÑORA SMITH.- ¡Por fin!

SEÑORA MARTIN.- Pues bien, hoy, al ir al mercado para comprar legumbres, que cada día están más caras.

SEÑORA SMITH.- No se sabe a dónde iremos a parar.

SEÑOR SMITH.- No hay que interrumpir querida.

SEÑORA MARTIN.- He visto, en la calle, al lado de un café, a un hombre, aparentemente bien vestido, de unos cincuenta años de edad..., quien...

SEÑOR SMITH.- ¿Quién?

SEÑORA SMITH.- ¿Qué?

SEÑOR SMITH.- (A su mujer.) No interrumpas, querida. Eres insoportable.

SEÑORA SMITH.- Pero queríao si eres tú quien ha interrumpido primero. Bruto.

SEÑOR MARTIN.- Chitón. (A su mujer.) ¿Qué hacía ese hombre?

SEÑORA MARTIN.- Van a decir que lo invento.... Tenía una rodilla en tierra y estaba agachado.

SEÑOR MARTIN.- (A un tiempo los tres.) ¡Oh!

SEÑOR SMITH.- ¡Oh!

SEÑORA SMITH.- ¡Oh!

SEÑORA MARTIN.- Sí, agachado.

SEÑORA SMITH.- Imposible.

SEÑORA MARTIN.- Sí, agachado. Me acerqué a él para ver lo que estaba haciendo.

SEÑOR SMITH.- ¿Y qué?

SEÑORA MARTIN.- Se ataba los cordones de su zapato que se le habían aflojado.

SEÑOR MARTIN.- (A un tiempo los tres.) ¡Fantástico!

SEÑOR SMITH.- ¡Fantástico!

SEÑORA SMITH.- ¡Fantástico!

SEÑOR SMITH.- Si no fuese porque usted lo dice, no lo creería.

SEÑOR MARTIN.- ¿Por qué? Se ven cosas aún más extraordinarias cuando se anda por la calle. Por ejemplo, hoy mismo, he visto en el Metro un hombre sentado en una banqueta que leía tranquilamente el periódico.

SEÑORA SMITH.- ¡Qué original!

SEÑOR SMITH.- Tal vez era el mismo.

Suena la campanilla de la puerta exterior de la casa.

SEÑOR SMITH.- Caramba, han llamado.

SEÑORA SMITH.- Será alguien. Voy a ver. (Abre y regresa.) Nadie. (Se sienta en su lugar.)

SEÑOR MARTIN.- (Quien se ha olvidado de lo que estaba diciendo.) ¿Eh...?

SEÑORA MARTIN.- Estabas diciendo que ibas a contar otro caso.

SEÑOR MARTIN.- ¡Ah!, si...

Suena la campanilla de la puerta exterior de la casa.

SEÑOR SMITH.- Caramba, han llamado.

SEÑORA SMITH.- Ya no abro más.

SEÑOR SMITH.- Debe ser alguien.

SEÑORA SMITH.- La primera vez no había nadie. La segunda tampoco. ¿Por qué crees que ahora debe de haber alguien?

SEÑOR SMITH.- Porque han llamado.